

EL DUOPOLIO ESTADOUNIDENSE¹

Entre temores de recesión interna y desilusión en Iraq, el hundimiento de la otrora aclamada estrategia electoral de Karl Rove –movilizar una alianza de «Estados rojos», compuesta por blancos sureños, evangélicos del Medio Oeste y mamás obsesionadas con la seguridad, en torno a Dios, las armas de fuego y la guerra contra el terrorismo– lleva a reconsiderar en un plazo más dilatado la táctica de creación de bloques de las elites políticas estadounidenses. El mérito del reciente libro escrito por Jerry Hough, *Changing Party Coalitions*, es la observación rigurosamente imparcial que hace de estos procedimientos. Experto en ciencia política comparada de Duke University, Hough es más conocido por su trabajo sobre la URSS, en el que dejó a un lado las interpretaciones «totalitarias» entonces dominantes para centrarse en el funcionamiento real de las instituciones del régimen soviético. Lejos de la dictadura monolítica planteada por Richard Pipes y autores similares, Hough reveló un complejo sistema de facciones y tendencias contrapuestas; y tampoco dudó en establecer paralelos entre el sistema soviético de partido único y las prácticas del duopolio estadounidense, incluido el manejo por parte de la elite de unos partidos plagados de facciones y una captura de la política práctica por los grupos de interés. En este nuevo libro aporta similar independencia mental al análisis de los procedimientos electorales estadounidenses y a la aparición de algo que él considera un paradigma de Estado rojo/Estado azul deliberadamente antidemocrático; en ese proceso, muchos de los episodios fundamentales de un relato familiar aparecen bajo una nueva luz.

Desde la publicación en 1970 de *Critical Elections and the Mainsprings of American Politics*, de Walter Dean Burnham, se considera que una serie de contiendas electorales destacadas señalan cambios tectónicos en el apoyo social e ideológico a ambos partidos hegemónicos: 1800, 1828, 1860, 1896, 1932, 1968 y, más recientemente, 1980 y 2000. Hough cambia el número de realineamientos y su significado: en general, considera que

¹ Jerry F. Hough, *Changing Party Coalitions. The Mystery of the Red State-Blue State Alignment*, Nueva York, Agathon Press, 2006, 305 pp.

ambos partidos se organizan desde arriba, no constituyen una sustanciación de la voluntad popular. Muchos rasgos del régimen oligárquico del siglo XVIII se conservan en los partidos que emergieron en el siglo XIX, unidos para evitar la aparición de cualquier alternativa populista o de cualquier partido obrero (un logro casi único en el Nuevo Mundo). El estudio de Hough se basa en un intenso trabajo de archivo para detallar los procedimientos mediante los cuales los dos partidos se las ingenieron para limitar la participación electoral, engañar a los electorados y dividirse los restos electorales dentro del paisaje ferozmente competitivo del moderno Estados Unidos industrial: muy ayudados, aunque esto él no lo manifiesta directamente, por el sistema de votación mayoritario, en el que el ganador se lleva todos los delegados. En juego, para ambos partidos, ha estado el problema de movilizar un apoyo electoral máximo para políticas que no están concebidas principalmente para el interés del votante medio. De acuerdo con Hough:

Ambos partidos han estructurado su política económica para intentar maximizar el apoyo de la clase más alta de la población: el 25 por 100 de la población que obtiene más de 75.000 dólares al año de renta familiar. Sin una opción significativa en cuestiones económicas, los votantes se han visto obligados a elegir entre los partidos basándose sólo en asuntos culturales.

Desde su punto de vista, la reciente retirada de los dos partidos tras el muro defensivo de la división Estados rojos/Estados azules propiciada por el sistema electoral mayoritario, dejando sólo una docena de estados verdaderamente competitivos, representa una nueva disminución del electorado real, estrechando el espacio, ya reducido, disponible para una participación política significativa.

Changing Party Coalitions empieza con el Partido Demócrata Republicano creado por Jefferson y Madison, trazando la lógica del cálculo electoral en un momento en el que las elites terratenientes y esclavistas maniobraban para apuntalar los votos de sus facciones dentro de un Colegio Electoral modelado al estilo del Antiguo Régimen. La aritmética se había sellado con el acuerdo alcanzado en la Convención Constitucional de 1787, que Hough describe como «un golpe de Estado militar de terciopelo contra los Artículos de la Confederación, liderado por el hombre que controlaba el ejército». George Washington presidió la Convención y usó a sus dos ex ayudas de campo –Alexander Hamilton en el norte y James Madison en el sur– para establecer un mecanismo que restaurase el orden elitista y garantizase un Estado unificado para asuntos exteriores, sin interferir en las jerarquías sociales internas en el plano del Estado local. Los creadores de la constitución consideraron que la paridad para el norte y el sur en el Senado y en el Colegio Electoral proporcionaría a los propietarios de plantaciones un veto contra cualquier legislación que debilitara el sistema esclavista; pero harían falta alianzas más amplias una vez puesta en marcha la competencia política. Un elemento distintivo del libro de Hough es que capta la naturaleza dinámica de las fidelidades ét-

nicas y religiosas dentro de un país de colonos en rápido crecimiento. Los colonos de comienzos del siglo XVIII, sostiene, todavía se aferraron a las lealtades confesionales de la Guerra Civil Inglesa: los pueblos y las aldeas de la Nueva Inglaterra puritana estaban llenos de suspicacia hacia los plantadores episcopalianos de Virginia. Entre mediados de siglo y la Revolución, sin embargo, una nueva oleada migratoria estuvo dominada por protestantes no ingleses —presbiterianos o baptistas escoceses e irlandeses, luteranos o menonitas alemanes y holandeses— que aportaron su propio conjunto de lealtades y enemistades. Muchos se asentaron en Nueva York, Pensilvania y Virginia.

En las primeras elecciones presidenciales celebradas en 1796, sugiere Hough, Jefferson y Madison calcularon que el apoyo que necesitarían de los Estados atlánticos no esclavistas para añadir a su base sureña no podía obtenerse pidiendo a los pequeños agricultores del norte de Nueva York o Pensilvania que se aliasen con los propietarios de plantaciones sobre la base de sus supuestos intereses de clase o económicos. En su lugar, los primeros republicanos apelaron a los sentimientos puritanos y antiingleses de los inmigrantes escoceses e irlandeses contra los «*toríes* anglo-monárquicos» —es decir, Washington y los federalistas— y acusaron a Adams de querer «una forma de gobierno aristocrática»; como señala Hough, «nada se dijo acerca de la forma de gobierno verdaderamente aristocrática del Sur que Jefferson y Madison nunca intentaron cambiar». Aunque en un principio fracasó, la victoria de Jefferson en 1800 formó la base del primer alineamiento de partido. Una década después, Madison provocó «deliberadamente» la Guerra de 1812 contra Inglaterra siguiendo la misma lógica, garantizar su propia reelección, mientras que la oposición de los federalistas al conflicto dañó mortalmente su credibilidad como partido nacional.

En la década de 1830 Andrew Jackson, «esclavista de Tennessee descendiente de protestantes norirlandeses», y Martin Van Buren, político «neoyorquino descendiente de holandeses y alemanes», intentaron inicialmente crear un nuevo Partido Demócrata que movilizase al creciente electorado sobre la misma base de los demócratas republicanos de Jefferson: es decir, una alianza de intereses del sur con irlandeses, escoceses y alemanes protestantes en los Estados ricos en votos del Atlántico medio. Hough considera que esta coalición se vino abajo como resultado de la tercera oleada de inmigrantes acontecida a mediados del siglo XIX a partir de 1835-1860, esta vez dominada por irlandeses católicos y (en menor medida) alemanes, que huían del hambre, los desahucios y la represión en su país natal. Se apiñaron en las ciudades norteafricanas en rápida expansión y pronto se convirtieron primero en alimento y después en operarios de la máquina clientelista demócrata, por la que se asignaban trabajos y favores a cambio de lealtad política. En la perspectiva revisionista de Hough, fueron las tensiones producidas por la anexión del enorme territorio católico del suroeste en la Guerra Mexicano-Estadounidense de 1845 las que condujeron a mediados de siglo a la ruptura del alineamiento entre de-

mócratas y liberales. Cuando en la década de 1850 los liberales, magnates y fabricantes, no consiguieron ofrecer un refugio a los trabajadores protestantes, repelidos por la militancia de base de la maquinaria democrata dirigida por los irlandeses, fueron barridos por el Know-Nothing Party [Partido de los Ignorantes], contrario a la inmigración y antipapista, en una revuelta desde abajo. El Partido Republicano, creado en 1854 como el primer partido exclusivamente norteño de la historia del país, asumió con eficacia la tarea de consolidar «las posiciones económicas de los liberales y, dicho de modo cortés, los temas anticatólicos de los Know-Nothing», obteniendo suficiente apoyo entre los protestantes alemanes e irlandeses del norte como para obtener la presidencia en 1860.

La Guerra Civil apenas se toca en *Changing Party Coalitions*: la respuesta a la cuestión nacional se da por supuesta y las contradicciones políticas y económicas del sistema dual quedan sin explorar. En opinión de este sovietólogo —compartida, *mutatis mutandis*, por los líderes posbélicos de Estados Unidos— la Guerra Civil fue un error de la élite, que se hizo irreversible por los efectos destabilizadores de la «democratización prematura» en la república en rápida industrialización. La privación de los derechos de ciudadanía a los negros, el impuesto por votar, los exámenes de alfabetización, el «voto australiano», el control estatal y no federal de la concesión de ciudadanía, y las complejas exigencias de registro y residencia circunscribieron debidamente la política electoral en la era posterior a la Reconstrucción. Hough se centra principalmente, en este periodo, en la pérdida del poder por los demócratas y en las razones de su fracaso. El control del Partido Demócrata sobre el Sur era ahora indiscutible; pero para acumular suficiente apoyo como para obtener el Consejo Electoral, los candidatos presidenciales demócratas tenían que centrar sus esfuerzos en los estados del Medio Oeste y de las Llanuras, lo cual supondría una campaña basada en temas populistas para atraer a los esforzados agricultores, o —menos seguros del éxito— en los Estados luteranos y católicos del norte. Vistas desde el sur, estas opciones se presentaban como «desvío a la izquierda» —orientación hacia las Llanuras— y «desvío a la derecha»: el voto minoritario, principalmente de las clases trabajadoras católicas, del este. Con una excepción, los demócratas optaron por el desvío hacia la derecha hasta el *New Deal*; los llamamientos populistas corrían el riesgo de instigar a sus propios blancos pobres, mientras que podía garantizarse que la maquinaria del partido obtuviese el voto de los trabajadores inmigrantes en las grandes ciudades, fuese cual fuese la plataforma. Hough cita el editorial publicado por el *Charleston News and Courier* en diciembre de 1878:

Nuestra opinión fija es que *los intereses permanentes del sur se encuentran en el Este y no en el oeste*. Siendo el objetivo del Sur [...] evitar todo lo revolucionario en política, sociología o finanzas, el sur debe aliarse con el este.

Como resultado, los candidatos del Partido Demócrata fueron «constantemente más conservadores que sus homólogos republicanos», y el único

demócrata que alcanzó la Casa Blanca entre 1860 y 1912, Grover Cleveland, se distinguió por sus estrictas políticas monetarias y por enviar tropas federales a aplastar la huelga de trabajadores ferroviarios de Pullman en 1894.

El único candidato demócrata que probó la estrategia del desvío hacia la izquierda, promoviendo la política bimetalista de la «plata libre» favorecida por los agricultores del Medio Oeste frente al patrón oro de los grandes bancos, fue Williams Jennings Bryan. Las elecciones de 1896 y la Batalla de las Normas se consideran cruciales en la mayoría de los análisis del sistema de partidos estadounidense: el momento en el que la campaña republicana del gran capital consiguió atraer a una parte importante de los trabajadores industriales del norte al partido de sus jefes, ayudada por una publicidad descaradamente negativa. Karl Rove afirmaba que había basado la campaña de Bush en 2000 en la contienda de 1896 y considerado a Mark Hanna, el estratega de McKinley, como su predecesor intelectual. Pero apenas se menciona a McKinley en el texto de Hough, que no ve una gran ruptura en las coaliciones de los partidos hasta el *New Deal*. Se centra por el contrario en la inexperiencia y en la falta de fondos de Bryan, sugiriendo que los líderes demócratas sabían que no tenía posibilidades en 1896, después del gobierno terriblemente impopular de Cleveland y que sólo habían nombrado a Bryan para atraer a un voto populista creciente. En 1912, cuando los demócratas obtuvieron de nuevo la oportunidad de ganar, nombraron al conservador gobernador de Nueva Jersey, Woodrow Wilson. Hijo de un presbiteriano virginiano de origen escocés e irlandés, Wilson tenía todos los requisitos necesarios para triunfar sobre los republicanos ya divididos (Taft frente al «alce» Roosevelt); la oferta se equilibró seleccionando a Thomas Marshall, de Indiana, como compañero electoral. La invasión de opereta de Nicaragua, México, Haití y República Dominicana por parte de Wilson devolvió con firmeza a los demócratas al modo imperial.

Hough resalta con acierto el peso numérico de los estadounidenses de origen alemán –aproximadamente igual al de los estadounidenses de origen británico– entre las múltiples «razas europeas» que constituyeron buena parte del electorado estadounidense durante la primera mitad del siglo xx. (Él mismo es una mezcla de ascendientes británicos y alemanes afincados en Carolina). Pero por momentos la insistencia de Hough en esta cuestión lo lleva a exagerar su importancia explicativa para el impacto de la política exterior estadounidense en los resultados electorales, y viceversa, entre 1912 y 1950. La necesidad de atraer al voto estadounidense de origen alemán en las elecciones de 1916 fue seguramente sólo una de las razones por las que Wilson no entró en la Gran Guerra nada más cavarse la primera trinchera. En aquel momento, pronto puso en tensión a los congresistas demócratas con sus vituperios contra las críticas a su política exterior, que achacaba a las «simpatías por los extranjeros». *History of the American People*, escrita por Wilson y publicada en 1902, había comparado favorablemente, como señala Hough con sequedad, «a los

robustos descendientes del norte de Europa» con otros recién llegados, describiendo a los inmigrantes de la isla de Ellis como «hombres de la clase más baja procedentes del sur de Italia y hombres del tipo más mezquino de Hungría y Polonia», países que se «deshacían de los elementos más sórdidos y desdichados de su población». Pero su discurso sobre el estado de la Unión de 1915 se dirigió contra los múltiples estadounidenses de origen alemán que se oponían a la guerra: ciudadanos estadounidenses «nacidos bajo otras banderas pero bien recibidos bajo nuestras generosas leyes de nacionalización [...] que han vertido el veneno de la deslealtad en las propias arterias de nuestra vida nacional»; «a tales hijos de la pasión, la deslealtad y la anarquía hay que aplastarlos». Wilson ganó por muy poco las elecciones de 1916 pero perdió los Estados germano-irlandeses de Illinois, Nueva York, Nueva Jersey e Indiana, a los que había atraído en 1912. (En contraste, se llevó California después de manifestarse partidario de retirar los derechos de tenencia de propiedades a los estadounidenses de origen japonés). Los senadores de Estados con mucha población de origen irlandés y alemán se negaron a ratificar el punitivo Tratado de Versalles, y en las elecciones de 1920 los demócratas perdieron por mucho, tras presentar candidatos contrarios a los inmigrantes. Pero Hough se equivoca al decir que cuando, tras la terminación de las hostilidades, Wilson «llevó la guerra al país» con las Redadas de Palmer contra inmigrantes radicales, los objetivos eran los alemanes; los ataques se dirigieron casi por completo contra los rusos.

Los demócratas volvieron al Despacho Oval con la elección de Roosevelt en 1932, que —en esto Hough concuerda con las opiniones heredadas— marcó otro gran realineamiento de los partidos. En opinión de Hough, Roosevelt había optado efectivamente por una estrategia de «giro a la izquierda» basada en el sur y el oeste, para atraer a los votantes que habían apoyado la candidatura «colectivista» de Robet LaFollette en 1924, en lugar de la orientación hacia el noroeste urbano de los progresistas de la *belle-époque*; pero las políticas de estabilización keynesianas que después llevó a cabo no se habían articulado en la campaña de 1932. Hough señala que muchas políticas del *New Deal* iban dirigidas a las áreas rurales: electrificación, aumento de los precios agropecuarios, proyectos de presas a gran escala; igualmente, muchas beneficiaban al sur. Como soviétólogo, está bien situado para restar valor a las afirmaciones excesivas de que Roosevelt era un radical, acusando de que pocos comentaristas están hoy dispuestos a reconocer «lo cauteloso que fue el *New Deal* en términos comparativos, y lo que nos hemos alejado de él desde entonces». En cuanto Roosevelt consiguió una reelección por abrumadora mayoría y obligó al Tribunal Supremo a retroceder, poco hizo por profundizar en las reformas. Pero el realineamiento del partido durante el *New Deal* persistió: los demócratas se mantuvieron como el partido de la clase trabajadora, los nuevos inmigrantes y los negros tanto del norte como del sur; mientras que los republicanos quedaron relegados a una estrategia pan-protestante dirigida al norte y al oeste.

La Segunda Guerra Mundial volvió a dividir a germano-estadounidenses y británico-estadounidenses. Después de Pearl Harbor, Roosevelt intentó hilar con más cuidado que Wilson, y se aseguró de que se nombrara a germano-estadounidenses –Dwight Eisenhower, Chester Nimitz, Carl Spaatz– para altos cargos militares que liderasen el asalto contra las potencias del Eje. Los 7.000 germano-estadounidenses detenidos en 1942 como personas de «ascendencia extranjera enemiga» fueron tratados de manera muy distinta a las enormes cantidades de estadounidenses de origen japonés arrojados a campos de internamiento; pero aun así FDR perdió los votos de los distritos germano-estadounidenses. El comienzo de la Guerra Fría y la división de Alemania provocó nuevas tensiones. En 1949 la mayoría de los senadores del grupo de once Estados que se extendían de Pensilvania a Nevada votó contra la ratificación del tratado de la OTAN, que institucionalizaba la partición en Alemania. En general, sostiene Hough, los gobiernos republicanos de la Guerra Fría se mostraron más abiertos a las políticas de *détente* favorecidas por el componente germano-estadounidense de su electorado, mientras que los presidentes demócratas se mostraron más agresivamente anticomunistas: Truman en Korea, Kennedy plantando misiles en Turquía, invadiendo Cuba y enviando tropas estadounidenses a Vietnam, mientras que Nixon negoció con Mao y Reagan con Gorbachov. Admite que la imagen se emborrona, sin embargo, por el hecho de que cada bando compensa proclamando una actitud ideológica opuesta a sus acciones.

La creencia convencional achaca por lo general el final de la coalición del *New Deal* a la elección de Reagan en 1980, o a la política antiinflacionista de Carter en 1979. Pero en la sección más radical y original de su argumento, Hough presenta una alegación convincente a favor de situar el comienzo del fin mucho antes, con JFK. En el discurso de aceptación pronunciado ante la Convención Demócrata de 1960, Kennedy no se definió como seguidor del *New Deal*, sino como nuevo demócrata, y señaló que «los viejos modos ya no sirven». Como Adlai Stevenson, otro demócrata favorable a las empresas, Kennedy necesitaba elegir como vicepresidente a un sureño del *New Deal* para equilibrar la oferta. Durante su gobierno, la política económica de presupuestos equilibrados y recortes fiscales para los ricos fue «menos progresista que la de Nixon» y se mostró «muy cauteloso, quizá incluso conservador, en cuestiones culturales tales como las libertades civiles y los derechos civiles». En el plano de la política exterior, Hough sugiere que «quienes piensan que [Kennedy] habría evitado la mayor implicación de Johnson en Vietnam están dando un salto de fe muy poco verosímil. Una cuestión más realista es si él habría actuado con mayor audacia a la hora de amenazar con enviar tropas para derrocar al régimen de Hanoi». Si no hubiera sido por la presidencia «accidental» de Lyndon B. Johnson, sostiene, el *New Deal* habría sido cosa del pasado.

Por el contrario, LBJ, el primer presidente confederado en 120 años, introdujo una serie de políticas internas radicales que acabarían poniendo fin a la autonomía del sur y, al mismo tiempo, lo abrían a la competen-

cia política. También marcó el fin de las «razas europeas», cuyo nombre cambió entonces oficialmente al de «blancos». La entrada del Partido Republicano en el sur señala como es bien sabido la siguiente fase en el realineamiento de los partidos. Pero Hough plantea de manera convincente que el accidente del gobierno de Johnson oscureció la verdadera evolución de la estrategia demócrata, que por lo demás avanzó, a partir de Kennedy, hacia un enfoque de «Estados azules», basado en llamamientos a los intereses económicos de los votantes suburbanos más ricos del norte. Hough lo describe como una vuelta a la tradición progresista de Wilson y un claro giro a la derecha. La fracasada candidatura de McGovern en 1972 representó la siguiente fase del proceso, de acuerdo con esta explicación. Aunque su campaña fue radical en cuestiones económicas y en la oposición a la guerra, su consecuencia fue en último término la de ayudar a upar en las filas del Partido Demócrata a una capa de activistas de la década de 1960 que se convirtieron en los principales creadores de tendencias para la orientación al Estado azul en cuanto entraron en el Congreso en 1974. Gary Hart se presenta como prototipo de estos miembros móviles de la generación de la explosión demográfica en ascenso, que combinaban las políticas económicas de derechas con el liberalismo cultural característico de los nuevos demócratas durante el gobierno de Clinton. Irónicamente, sin embargo, la estrategia del siguiente presidente demócrata, Jimmy Carter (1976-1980), prefiguraría algo más cercano a Rove y Bush. Carter fue el primer ocupante del Despacho Oval que se declaró cristiano renacido (aunque Hough detecta un tufillo a Elmer Gantry). Su objetivo era recuperar el sur de las manos de George Wallace movilizándolo a los evangélicos, al tiempo que aplicaba una política exterior y económica descaradamente derechista: apoyo a Somoza y al *shab*; financiación a los islamistas en Afganistán; recorte del gasto social en el interior y aplicación de la subida de los tipos intereses con la «terapia de choque de Volcker». Pero Carter se enemistó con el componente católico de su coalición, y sus recortes de gasto alejaron a los votantes de la clase trabajadora que seguían creyendo en la ideología del *New Deal*.

Por comparación con el giro de los demócratas hacia el sistema de estados azules, el paso de los republicanos a una estrategia de estados rojos empezó más tarde y fue más defensiva, de acuerdo con Hough. Nixon pretendía mantener la coalición republicana liberal del norte y, al mismo tiempo, cortejar al sur con ataques a los «radicales culturales». Al mismo tiempo, las iglesias evangélicas estaban empezando a desempeñar una función electoral más significativa a medida que en el sur se intensificaba una verdadera competencia entre partidos. La desegregación había provocado una erupción de escuelas evangélicas blancas, que también aumentaron su influencia social. Durante buena parte del periodo de posguerra fueron «un grupo oscilante en el plano presidencial», pero con Reagan cambiarían definitivamente hacia el bando republicano: empujados, de acuerdo con Hough, por «el avance [de los demócratas] hacia la izquierda cultural y la derecha económica en las décadas de 1970 y 1980». En este libro se retrata a Reagan más como un retórico que como un ideólogo:

aunque hablaba de los valores de los conservadores, aplicó poco del programa político de éstos. Hough piensa que Reagan imprecaba al Imperio del Mal principalmente para «aliviar la ansiedad que a los estadounidenses le producía el aceptar un acuerdo con la Unión Soviética». (La retirada de los marines del Líbano se considera otro signo de la moderación de Reagan; no se menciona que mantuvo las políticas de Carter en Honduras, Nicaragua y El Salvador). Electoralmente, su principal función fue la de atraer a los votantes masculinos, que huían del liberalismo cultural de orientación feminista de los demócratas, y apuntalar el apoyo evangélico en el sur. En 1984, la Guerra Civil se había invertido: «Reagan atrajo a los antiguos Estados de la Confederación y a los Estados fronterizos de Kentucky, Missouri y Oklahoma por una mayoría de 7,4 millones de votos». Lejos de seguir una estrategia de Estados rojos, sin embargo, el objetivo de los republicanos de Reagan fue el de competir en todo el país.

Los demócratas se enfrentaron de nuevo a la opción de desvío a la izquierda o desvío a la derecha: luchar por el centro de Estados Unidos en una línea económicamente radical aunque culturalmente moderada; o retirarse de la competencia y centrarse en las zonas residenciales ricas del norte, a modo de liberales culturales pero conservadores económicos. La decisión se selló con la captura de la maquinaria del partido por los activistas y las feministas de la generación de la explosión demográfica, para entonces «liberales y ricos», que tomaron el bastón de mando wilsoniano de Adlai Stevenson y JFK. La dirección contraria al *New Deal* se endureció con el Consejo de Líderes Demócratas [*Democratic Leadership Council*], formado en 1985 y personificado por Clinton: un candidato presidencial del sur cuyo mensaje iba «dirigido a los relativamente acomodados de los grandes Estados industriales». Hough rechaza cualquier sugerencia de que Clinton no supiera lo que hacía en los dos primeros años de su gobierno: por el contrario, el equipo de superhalcones económicos (Rubin, Summers) y el fuerte mensaje cultural (homosexuales en el ejército) estaban completamente calculados, al igual que el inaplicable programa de atención sanitaria confiado a su esposa y la «diversidad» decorativa (trabajadores, mujeres, negros) de las capas más bajas. Clinton «parece haber fomentado de manera deliberada el caos engañoso para oscurecer una estrategia residencial suburbana ya decidida, de la que sabía que sería muy frustrante para muchos partidarios y votantes». Aunque los demócratas necesitaban mantener su base tradicional entre los negros, la clase trabajadora y los sindicatos, no tenían intención de financiar sus promesas. Una vez en el cargo, se dice que Clinton comentó a su equipo económico: «todos somos republicanos de Eisenhower; todos somos partidarios de déficits bajos, del libre comercio y de los mercados de bonos».

A comienzos de la década de 1990, por lo tanto, los votantes de rentas bajas y medias se quedaron «sin opción económica clara entre ambos partidos». Su grado de desencanto se mide aquí en los 19,7 millones de votos que Ross Perot obtuvo en 1992, que Hough interpreta como un aumento de la insatisfacción, sobre todo entre los hombres blancos, ante la

inminente aprobación del NAFTA, que representaba la globalización y la deslocalización de puestos de trabajo y que amenazaba genéricamente al orgullo nacional. Ni Clinton ni Dole, 1996, intentaron abordar o incorporar las preocupaciones que habían convertido a Perot en un tercer candidato con tanto éxito. Por el contrario, Mark Penn, el responsable de estudios de opinión de Clinton, anunció al gobierno que la reelección del presidente señalaba «el fin de la antigua coalición demócrata de negros, ancianos y clases bajas. Marca el surgimiento de una nueva coalición de mujeres, latinos y en especial parejas casadas de las zonas residenciales» suburbanas. Por su parte, el redactor de discursos de Al Gore, Kenneth Baer, aprobó el «profundo cambio» que había dado lugar a un presidente demócrata defensor de «la reinención de la Administración pública, la reforma de la seguridad social, la moderación presupuestaria, el libre comercio y la política exterior internacionalista». Con Clinton, sostiene Hough, los «demócratas habían vuelto básicamente a las [políticas económicas] de Grover Cleveland».

Las elecciones de 2000 fueron las primeras que mostraron una clara «división entre rojo y azul: los Estados del norte y del Pacífico más urbanos y populosos votaron a Gore, el Medio Oeste más pobre, junto con los Estados del suroeste y los del sur, a Bush. El voto popular se dividió casi por igual y la participación fue sólo del 51 por 100 de los ciudadanos en edad de votar. Hough sugiere que probablemente fuese la elección de compañero de campaña por parte de Gore la que le hiciese perder las elecciones: aunque Joe Lieberman obtuvo buenos resultados en Florida oriental, tal vez le costara votos a Gore entre los jubilados germano-estadounidenses del Medio Oeste en la parte occidental del estado. Si Gore hubiera equilibrado su oferta con Dick Gephardt, «un protestante germano-estadounidense de Missouri, que se había mostrado partidario de una estrategia de *New Deal*», tal vez hubiese ganado tanto allí como en Virginia Occidental. Al elegir al duro Lieberman, «de un estado costero y con lazos muy estrechos con el sector asegurador de Connecticut», el Partido Demócrata se retiraba de hecho de la competencia en los que ahora iban a ser los Estados rojos.

De modo similar, los republicanos tomaron la decisión de ceder los Estados costeros y el norte industrial. Hough sugiere que, desde el punto de vista de 1998, los estrategas del Partido Republicano habían visto el de 2000 como un año perdedor: la economía estaba en auge y el vicepresidente era un contendiente con buenas conexiones. La tendencia electoral mostraba una marcada caída de los votos republicanos desde el punto más elevado de los 55 millones alcanzados por Reagan en 1984 a poco más de 39 millones en 1992 y 1996, mientras que los demócratas habían subido constantemente de 38 millones a más de 47 en el mismo periodo. El *Brock Commission Report*, un informe de alto nivel publicado por el partido en mayo de 2000, sugería que los republicanos se enfrentaban a una pérdida inaceptablemente fuerte de votos en las zonas residenciales del norte. Creada después del nombramiento como candidato de Bush y basada en la suposi-

ción implícita de la tercera derrota sucesiva, la Comisión Brock pedía reformas en el procedimiento de nombramiento de candidatos del partido. El sistema de «carga frontal», que primaba a los Estados más populosos, había permitido el nombramiento de dos candidatos de Texas y uno de Kansas. La Comisión quería dar más importancia al norte urbano; se asumía que la estrategia republicana de Estados rojos tenía un futuro limitado.

Enfrentado a esta situación poco prometedor, Rove prefirió centrarse en una movilización intensiva de los votos de los 239 Colegios Electorales de los Estados del sur, de los Estados de las praderas y de los Estados montañosos, con la esperanza de obtener 33 más de Indiana y Ohio; el compañero de Bush, Dick Cheney, era de Wyoming. El objetivo era atraer el voto desafecto de Ross Perot haciendo un fuerte hincapié en el conservadurismo cultural. Hough sugiere que Bush no había dicho mucho sobre religión antes de 1999: como en el caso de Carter, Jesús llegó tarde a su vida política, junto con la limpieza del rancho y otros temas caseros. De igual modo, Hough ve una fuerte influencia del factor Perot en los nombramientos de halcones para la seguridad nacional por parte de Bush —en 1992, Perot había criticado con dureza la dirección de la Guerra del Golfo por Bush padre— y en su retórica xenófoba al abordar Kioto y el tratado ABM. En 2004 Bush incluso adoptó como lema el título del libro de campaña de Perot en 1992, *Together We Stand*. Los demócratas tenían pocas probabilidades de ganar las elecciones de 2004; pero también en ellas Kerry repitió los errores de Gore y no abordó los temas económicos, ayudando a Bush a penetrar incluso en los Estados azules con los recortes fiscales y el furor nacionalista posterior al 11-S.

Tras llevar a los lectores hasta las elecciones de 2004, *Changing Party Coalitions* acaba pidiendo dos reformas menores. La primera, elecciones presidenciales populares, eliminando así la maquinaria del Colegio Electoral que ya no puede tener «ninguna función positiva» ahora que el norte y el sur se han homogeneizado de hecho; en segundo lugar, una sola primaria nacional para cada partido, tanto para reducir la influencia de los activistas de los partidos como para invertir la «carga frontal» del procedimiento de nombramiento de candidatos. La primera sería sin duda positiva, aunque la segunda corre el riesgo de entregar aún más poder a los jefes de los partidos. La principal preocupación de Hough, sin embargo, es garantizar la estabilidad de las instituciones políticas estadounidenses y la continuación del duopolio. «Esperemos —escribe— que uno o ambos partidos encuentren un modo de representar los intereses económicos de las rentas medias de manera sostenible. Esperemos que no haga falta un tercer gran partido». El marco de su análisis podría usarse, sin embargo, para sostener lo contrario: un sistema de partidos múltiples, basado en diferentes clases, en segmentos de población interesados por determinados valores y en regiones dispares.

Hough sostiene que la privación de derechos electorales a gran escala provocada por el alineamiento rojo/azul —consentido por ambos partidos,

de modo que ninguno de los dos necesite ofrecer una política económica que responda a los intereses de la gran masa de votantes medios— es insostenible. Teme que los déficits desequilibrados, la inaudita desigualdad y el elevado endeudamiento personal puedan suponer una grave inestabilidad en caso de que se produzca una gran conmoción. A más largo plazo, el debilitamiento del régimen político estadounidense por la desaparición de sus matrices de estructuración —la cuestión norte-sur y el efecto compensador de las múltiples «razas europeas»— todavía no se ha abordado con seriedad. Sin declarar, pero fuertemente implícita en este argumento, queda la necesidad de una política económica más equitativa, probablemente proteccionista; y tampoco menciona en ningún momento si apoyaría también unos límites más fuertes a la inmigración. Una nueva edición de *Changing Party Coalitions* seguramente señalaría que ninguna de las cuestiones se debatirá en las elecciones de 2008.

Un rasgo importante del análisis de Hough es la remodelación, o recreación, generacional de las fidelidades étnicas. Anglicanos y puritanos fueron redefinidos —y se redefinieron a sí mismos— en ingleses, ante una nueva oleada de inmigrantes irlandeses y alemanes; los irlandeses del norte y los luteranos se convirtieron en protestantes con la llegada de una oleada principalmente católica de irlandeses y alemanes a mediados del siglo XIX. Estos últimos se diferenciaron de los inmigrantes de la isla de Ellis a partir de 1890: jornaleros agrícolas del *mezzogiorno* y judíos del este de Europa. En la década de 1960 llegó la conversión de las «razas europeas» de estadounidenses de origen inglés, alemán, irlandés, judío e italiano en la raza «blanca», en buena medida mediante las leyes de inmigración y derechos civiles. Esto equivalió, como señala Hough, a aceptar de hecho la fórmula de «raza» del sur, basada en una dicotomía negro-blanco. (Sobre esta cuestión es extraño que en una obra con tan buenas referencias no se mencione *The Rise and Fall of the White Republic* de Alexander Saxton). Hough calcula que hoy, «los negros están donde estaban los irlandeses en 1910, o los italianos, los judíos y los polacos en 1950; no es lo ideal pero sí muy lejos de los prejuicios y la discriminación originales».

Esto parece optimista. De acuerdo con datos de la Administración pública estadounidense en 2006, los recién fabricados «blancos» —198 millones de un total apenas inferior a los 300 millones— ganaban de media 52.000 dólares al año, frente a la media nacional de 48.000, y tenían una tasa de desempleo del 4 por 100, frente a una media nacional del 4,6 por 100. Los «latinos hispanos», la «minoría» más amplia, con 43 millones de personas, ganaban una media de 38.000 dólares, con una tasa del desempleo del 5,3 por 100. Los «asiáticos», otra cantidad fabricada que ascendía a 14 millones, ganaban una media de 64.000 dólares, y tenían una tasa de desempleo del 3 por 100. Los estadounidenses «negros», muchos de los cuales pueden trazar sus ancestros estadounidenses a la época de los Padres Fundadores o antes, constituían 40 millones, ganaban de media 32.000 dólares y sufrían una tasa de desempleo del 9 por 100. Pero estaría en línea con el análisis de Hough que tanto «negros» como «blancos» fuesen

refabricados, o se refabricasen ellos mismos, para convertirse en «cristianos» o «judeocristianos», en el contexto de una nueva generación de musulmanes principalmente subcontinentales y una situación internacional comparable con la de Wilson; o como «angloparlantes», ante el número mucho mayor de «estadounidenses hispanolatinos». La tremenda oleada de protestas en la primavera de 2006 contra el trato inicuo dado a la enorme población inmigrante ha resaltado la posibilidad de que dentro del actual sistema no pueda alcanzarse la cuadratura del círculo.

Changing Party Coalitions ofrece una toma ásperamente idiosincrásica del sistema político estadounidense, profundamente investigada y con amplias lecturas. Hough ha hecho un buen trabajo para su editorial, Agathon Press: hay notas muy útiles al pie de cada página y ya sólo la lista de archivos debería convertir el libro en lectura esencial para estudiosos serios de la historia política del país. Dicho eso, el libro adolece también de los puntos débiles de sus puntos fuertes. No hay un tratamiento detallado de la financiación de los partidos por las empresas, el verdadero determinante de sus políticas económicas. El autor exagera enormemente su argumento al sugerir que las preocupaciones electorales motivan en gran medida, y no sólo matizan, la política exterior estadounidense, y no hay un intento de establecer las distintas relaciones entre los grupos internos y los grupos de presión de sus países de origen. Programáticamente, ningún análisis serio de la reforma electoral estadounidense puede evitar la cuestión del sistema de votación mayoritario y las posibilidades de establecer formas de representación más proporcionales.

Un problema analítico más fundamental es que el enfoque institucionalista de Hough, en el que las elites de los partidos organizan facciones sobre una base sectorial y geográfica, pasa por alto cualquier dinámica desde abajo. Al basarse en la etnia y la religión como determinantes explicativos tiende a excluir a la clase de su explicación del sistema político estadounidense. Pero éste fue un factor muy importante en varios de los realineamientos que él analiza. El intento de los republicanos en el siglo XIX de desarrollar una base fabril y de infraestructuras nacional protegida por elevadas barreras arancelarias comportaba una batalla continua con los productores de materias primas agrícolas del sur y del oeste, organizados con los demócratas, que deseaban aranceles bajos. Estas posiciones coincidieron en general durante buena parte del siglo con divisiones geográficas, confesionales y étnicas, pero a finales de siglo el paisaje económico y político se había transformado y la agricultura se había convertido en un sector secundario respecto al industrial. En las elecciones de 1896, buena parte de los trabajadores cualificados, incluidos muchos irlandeses y alemanes, que antes formaban parte de la coalición demócrata, votaron al «dinero sólido» y a McKinley. Después, los demócratas tuvieron que remodelar su coalición de acuerdo con las nuevas realidades de una sociedad industrial y urbana.

Mucho más rotundamente, el giro a la izquierda de Roosevelt en 1932 no fue simplemente cuestión de aprovechar las oportunidades electorales ge-

neradas por la Gran Depresión, sino también la respuesta a un significativo reto desde abajo. Las presiones de una clase trabajadora hambrienta y radicalizada sobre el capital que condujeron al *New Deal* están ausentes del análisis de Hough. Y tampoco ofrece una explicación real de la abrogación de la autonomía sureña por el norte en la década de 1960, el gran punto de inflexión a este respecto, o de la forma cambiante de la economía estadounidense desde entonces: la industrialización del sur, la expansión de las zonas residenciales suburbanas en los Estados cálidos, el declive de las zonas fabriles y la autogratificación financializada de las elites costeras. Las tensiones internas resultantes de la creciente integración de Estados Unidos con la economía mundial se sobrevuelan más que se evalúan. Hough señala la desaparición del *New Deal* y el movimiento hacia la derecha de ambos partidos en política económica, pero deja fuera las transformaciones sociales, económicas e ideológicas de las que son síntomas, y la drástica alteración del equilibrio de fuerzas a favor del capital que las ha acompañado. Sobre este telón de fondo, la esperanza de Hough de que a partir de ahora los partidos «representen los intereses económicos» de la masa media de votantes parece un brindis al sol. Ciertamente, ninguno de los contendientes demócratas de 2008 tiene planes de hacerlo.